

Gonzalo Rojas y Su Último Alumbrado

Llegaba a nuestra casa el día menos pensado, de cualquier parte del planeta, don Gonzalo, a compartir con mi padre y nosotros, en la tabla de la mesa familiar, nuestro pan e improvisada cena, junto a un vaso de "bon vino", trayendo los alres actuales del viejo continente, de la milenaria China, de la democracia del Norte o bien desde su Torreón del Renegado en Chillán.

Desde niño lo recuerdo conversando con mi padre al son de tanta cosa ida y perdida. Resultábase como un familiar por los recursos entrañables de Lebu de donde es oriundo y, por el glorioso tiempo de la Universidad de Concepción donde como catedrático insigne, recordado y evocado por su esencial calidad inherente de artista, permitió el abierto juego cultural con generosos Congresos de Escritores, invitaciones y ayudas para éstos, trayéndolos de todo Chile, sin reserva alguna, dándoles carta blanca y quizás del vino carta vieja u otros equipolentes, amén de comida y alojamiento para que festejados como no es usual, los literatos leyeran sus obras, presentaran sus libros, se conocieran, se dieran a conocer, a través de conferencias y charlas; lo que contribuyó a que esa época fuera de un riquísimo intercambio artístico y cultural. Yo oía todo esto comentado por mi padre y con ojos infantiles, tal época me hacía pensar en el siglo de Pericles que estaba estudiando en el colegio.

Gran poeta desde siempre, con vigor definitivo en "La Miseria del Hombre", va creciendo a su plenitud en "Oscuro" y "Del Relámpago", 50 poemas (editados en Caracas y México) donde yo iba advirtiendo no sin cierta sorpresa que este gran amigo de mi padre, que este caballero amable que solía enfiestar nuestra casa con sus visitas, era uno de los principales exponentes, si no el principal de nuestra lírica nacional. En modo alguno se había quedado en el pasado, muy por el contrario sus últimas obras tenían siempre de inmediato el impacto insoslayable del "presente absoluto de las cosas", pero con un tono tan incesante tan entretecordadamente suyo, lo cual hacía de él un auténtico poeta moderno con nuevas voces sobre lo viejo del mundo, de nuestro mundo fragmentario medio perdido.

Resulta difícil por lo demás dar una idea de toda la obra de este poetizador erudito que jamás por esto último, pierde la lucida espontaneidad de su vigilia, con las disimiles implicancias que contiene y con lo que nos grita o nos susurra en nuestra humilde lectura intratextual. Apreciamos la amalgama mítica entre "Latín y Jazz" en su poema Transiérro sintiendo palpitar la gélida llama del exilio o en su "almohada de Quevedo" donde dramáticamente columbra su portentoso verbo castellano.

Su último libro "El Alumbrado" (Ed. Ganymedes, año 1985), su último hijo, es

una nueva galería inmejorable (siempre que pienso en la poesía de Gonzalo creo percibir una tácita relación con la pintura que va desde Goya hasta Picasso), de treinta y dos poemas que arrojan colores, destellos, al Cónsul bajo el volcán, mariposas para Juan Rulfo y para nosotros, no podemos dejar de fijarnos en cómo se nos va la vida y apreciar este ritual hermético que no obstante, no pierde el sacro vínculo entre sentido y sonido.

"Tan Callando": "Lo que me gusta del muerto es que el muerto/ da a la ventana y la ventana/ está abierta y el oxígeno/ hace de las suyas con él, le canta y/ le baila, lo hace pensar/ en otro tiempo como si esto de yacer/ ahí nadando en lo livido/ fuera parte del insomnio. En cuanto/ a las rosas cuyos peciolos no hacen sino crecer/ afuera entre el pasto esas germinan/ a la velocidad de las uñas de los muertos."

Para terminar nuestro brevisimo recorrido por la vasta obra de Gonzalo, este magistral "Rimbaud".

"No tenemos talento, es que/ no tenemos talento, lo que nos pasa/ es que no tenemos talento, a lo sumo/ oímos voces, eso es lo que oímos: un centelleo, un parpadeo, y ahí mismo voces. Teresa/ oyó voces, el loco/ que vi ayer en el Metro oyó voces."

"¿Cuál Metro si aquí no hay Metro? Nunca/ hubo aquí Metro, lo que hubo/ fueron al galope caballos/ si es que eso, si es que en este cuarto/ de tres por tres hubo alguna vez caballos/ en el espejo".

"Pero somos precoces, eso si que somos, muy/ precoces, más/ que Rimbaud a nuestra edad; ¿más?./ ¿todavía más que ese hijo de madre que/ lo perdió todo en la apuesta? Viniera y/ nos viera así todos sucios, estallados/ en nuestro átomo misero, viejos/ de inmundicia y gloria. Un/ puntapié nos diera en el hocico".

Tanto se podría decir de la obra de Gonzalo Rojas admirado y conocido en todo el mundo. Sus constantes viajes a U.S.A. donde realiza su impecable cátedra a sus cosmopolitas alumnos y a las altas y rubias gringas que Sócrates no supo, pero que Scott Fitzgerald más que soñó, impartiendo la poesía y su secreto de criptograma. Mistraliano confeso pero con acero Quevediano y su personal ritmo que capta de inmediato la conciencia de nuestro tiempo en la paradoja idiomática del neuma, de su neuma, de su asfixia como el asma en Lezama Lima, con la suspensión última del verso cortado abisal hasta la otra "stanza", o ninguna donde el silencio habla blanquea vertical en el papel condicionándonos siempre maestro de maestros Gonzalo Rojas alumbrado, otra vez nos ilumina con su yesca ardiente de chispas azules en su lenguaje que hace vivir las cosas, las cosas muertas.

Carlos L. Pezua

al Mercurio, Valparaíso, 29-VI-1986 p.2. 000190521

Gonzalo Rojas y su último alumbrado [artículo] Carlos L. Pezoa.

Libros y documentos

AUTORÍA

León Pezoa, Carlos, 1945-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1986

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Gonzalo Rojas y su último alumbrado [artículo] Carlos L. Pezoa.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile